

el respaldo del diván, parecía hallarse bajo el encanto de aquella música, tejida con ternuras y luminosidades, que la producía sensación de frescura matinal. Las modulaciones se sucedían; las notas se desgranaban, ya lentas y mimosas, ya alegres y trinadoras como bandada de pajarillos, y Adriana, al oírlas, experimentaba la emoción y el goce íntimo y primaveral que experimentó paseándose, en el mes de Mayo, por el bosque de Auberive.

No le ocurría lo mismo á los invitados que, por no comprender las bellezas de la música clásica, hubiesen preferido escuchar una polka bailable ó una habanera organillesca. El Recaudador comenzaba á dar cabezadas; su mujer, viéndolo próximo á roncar, se levantó de la mesa de juego, lo cogió de un brazo, y ambos, saludando torpemente á la señora de Lebreton, interrumpieron al guarda-general para darle las buenas noches.

Francisco dió por terminada la música.

— ¡ Continúe usted ! ¡ Continúe usted ! — murmuró la viuda, tornando de despedir á la pareja.

Sentóse de nuevo en el diván y dirigió una mirada suplicante al joven que se había vuelto hacia ella.

Pommeret obedeció, y, abriendo otro cuaderno, principió una polonesa de Chopin. Esta música

apasionada, ya fogosa y arrebatada como galope de caballos salvajes, ya penetrante y triste como humano lamento, acabó de subyugar á la señora de Lebreton, que encontraba en las armonías chopinianas un eco de su propio sentir, ardiente y concentrado. Aquellas notas, tumultuosas ó melancólicas, llamaban á las puertas de su corazón, cerrado hasta entonces como jardín de altos tapias donde misteriosamente crecen y se desarrollan ignoradas flores. Adriana, embelesada, seguía el poema rítmico bruscamente, caprichosamente impetuoso, y se olvidaba de todo, incluso de sus convidados. Irma llevaba el compás con la cabeza y con la mano, sofocando repetidos bostezos; la partida de dominó había terminado; el juez, el notario y su esposa se acercaron á despedirse de la dueña de la casa, y la señorita de Chesnel, para no quedarse sola, se decidió á acompañarlos; pero, antes de marchar, fueron todos, uno tras otro, maliciosamente, á dar las buenas noches al guarda-general, que, desconcertado por aquellas saluciones intempestivas, golpeaba las teclas con mayor energía. Al fin se alejaron y salieron por el jardín, sin que Francisco abandonase el piano. Cuando terminó de ejecutar la obra, se volvió y se encontró solo con la señora

de Lebreton, que entraba en el salón vibrante aún con las sonoridades de la polonesa.

— Se han marchado todos — dijo Adriana, algo inquieta. — La música los ahuyentó... Perdónelos, no la entienden.

— Temo haber sido indiscreto, abusando de la bondad de usted — exclamó Francisco, levantándose como á disgusto.

— Al contrario, me ha proporcionado verdadero placer.

— Señora, es usted demasiado amable para hablarme de otro modo, pero...

— Digo siempre lo que pienso... Cuando me conozca mejor, se convencerá de ello... ¿ Se marcha usted ? — añadió viéndolo dispuesto á partir.

— No le detengo, porque creo que es tarde.

— No son más que las diez — insinuó hipócritamente Pommeret.

La viuda no respondió ; luchaba entre el miedo al « que dirán » y un vago deseo de prolongar aquella conversación íntima no premeditada. El joven no hacía ademán de despedirse, y Adriana, indecisa y cohibida, decidió tomar asiento de nuevo.

— Abrigo el temor — murmuró tímidamente — de que estas veladas le parezcan á usted algo

monótonas, y de que se aburra en la Man-cienne.

— ¡ Oh, señora ! — exclamó el joven, volviendo á sentarse — las únicas horas agradables que he pasado desde que llegué á esta localidad, se las debo á usted.

— ¿ Le disgusta á usted Auberive ?

— Ahora, muchísimo menos... Pero, desde Febrero hasta Abril, he encontrado los días terriblemente largos.

Y, al hablar así, le dirigía una mirada casi amorosa ; Adriana levantó la cabeza, sorprendió aquella mirada y se ruborizó. Pensaba en que, justamente, á fines de Abril, se habían encontrado por vez primera ¿ Había intención oculta en el hecho de marcar la fecha en que dejó de aburrirse en Auberive ? De cualquier modo la viuda se hallaba cada vez más cohibida al encontrarse sola con el joven en el amplio salón, ahora desierto. Como todas las personas devotas, tímidas y poco avezadas á los azares de la vida social, aquella conversación íntima, que irreflexivamente provocó, le inspiraba terrores quiméricos. Inventaba riesgos imaginarios, sentía excitación nerviosa, apenas se atrevía á pestañear y la estancia se llenaba de silencio peligroso, en el cual se destacaban los ásperos

chirridos de los grillos del jardín y el leve chisporrotear de las lámparas. Áurea luz envolvía á Adriana, abillantándole las mejillas, prestándole suaves resplandores á las oscuras pupilas y produciendo tornasolados reflejos en el satén negro del traje. Francisco Pommeret la hallaba en aquel momento muy seductora ; pero estaba á cien leguas de meditar las audacias que habían surgido en la imaginación medrosa de la señora de Lebreton. Entre él, modesto empleadillo, que vivía con escaseces de un sueldo, y la acaudalada é impotente viuda de un industrial millonario, existía una distancia que se le antojaba excesivamente desproporcionada. Intentar franquearla con uno de esos arranques de atrevimiento que á veces triunfan, era exponerse á que lo despidieran vergonzosamente y hasta comprometer su situación en demasía para jugarse todo su porvenir en una sola carta ; sin embargo, á aquella hora avanzada de la noche, durante la charla imprevista y sin testigos con una mujer joven aun, elegante y devota al mismo tiempo, y á la cual lo desconocido y el ser fruta prohibida le prestaban atractivo singularmente embriagador, el joven sentía, de vez en cuando, oleadas de deseos, de tentaciones tímidamente, lentamente acariciadas. Y se decía : « ¡ Si

yo me atreviera ! ¡ Cosas más grandes se han visto ! ¿ Quién sabe ? »

Los celos de Adriana iban en aumento. No atreviéndose á permanecer sentada ni á despedir al visitante, se dirigió maquinalmente hacia la puerta-balcón que abría sobre el jardín :

— ¡ Qué noche tan hermosa ! — exclamó á media voz — ¡ Mire qué claro está el parque !

Efectivamente la noche era magnífica y por excepción — en esta comarca donde suelen caer heladas aun en el mes de Junio — la temperatura resultaba deliciosa. Surgiendo tras un macizo de sauces y de álamos temblones, la luna, ya en menguante, derramaba raudales de blanquecina luz sobre los erguidos abedules, sobre el estanque bordeado de lirios, sobre los cuadros de césped recién guadañado, y sobre las glorietas cuajadas de rosas de té. Fuera de esta amplia zona luminosa, los macizos permanecían envueltos en sombra densa. Las alamedas extendían sus ramas á derecha é izquierda y ocultaban los muros, de modo tal que el parque parecía abarcar las colinas grises y los bosques que las empenachaban. Bajo la claridad lunar, las frondas de hiedra y los vástagos de las vides silvestres ondulaban ligeramente, y el murmurio tembloroso de los grillos formaba

como un acompañamiento natural á los estremecimientos del follaje. Aparte de esta música adormecedora y arrulladora, apenas se alzaba un rumor en el campo, salvo, alguna vez que otra, el glogloteo del agua corriente, ó un coro enronquecido de ranas, que resonaba con lentitud y se detenía de pronto como el sonido bronco de la respiración ruidosa de un durmiente que se despierta.

Francisco había avanzado hasta la escalinata, al lado de la señora de Lebretón.

— Con frecuencia — dijo — durante los primeros meses de mi estancia, soñé con pasear por este parque en una noche hermosa, hermosa como la actual... Antes de tener el honor de conocer á usted, declaro, señora, que he experimentado envidia. Yo acusaba á usted de poseer esta hacienda de la Mancienne, y de no disfrutarla.

— ¿ Quiere usted que demos un paseo á la luz de la luna? — le preguntó la viuda.

Se le antojaba el paseo una distracción saludable; lo encontraba menos terrible que la conversación en la sala.

— Con mucho gusto — contestó Francisco.

Descendieron hacia la glorieta; las petunias exhalaban aroma semejante al de los alelís.

— No basta — contestó Adriana — con poseer

una cosa bella, para disfrutarla; hace falta encontrarse en ciertas disposiciones de espíritu... Yo no he estado en esas condiciones y he pasado aquí muchas horas aburridas. El señor Lebretón, atareado con sus negocios, no se preocupaba de que los días me resultasen largos; no tuve á mi lado amigos ni hijos...

— ¿ Ni hijos? Creía haberle oído á usted hablar de una hija...

— Adoptiva, sí... Y esto le probaré á usted la necesidad que sentía de llenar el vacío en que me hallaba. Pero, hasta en eso, tuve desgracia. Á pesar de los esfuerzos que hice para conservarla á mi lado, me vi obligada á separarme de ella... ¡ Y, sin embargo, quiero muchísimo á mi pobrecita Montaraz !

— ¡ Montaraz ! — exclamó Pommeret, asombrado de aquel nombre extraño.

— Se llama Dionisia, pero le dimos el apodo de Montaraz, á causa de sus modales y de su carácter indómito... Y, precisamente por esto, nos decidimos á llevarla al convento. Aquí no era posible hacer carrera de ella, y, aun en el Sagrado Corazón, creo que más de una vez ha dado que hacer á sus profesoras.

— ¿ Qué edad tiene ?

— Diez y siete años... Ya principia á entrar en razón, y me propongo que pase conmigo las próximas vacaciones.

Como la conversación giraba sobre tema muy alejado de las actuales preocupaciones de Adriana acabó ésta por tranquilizarse algo. Sentíase más á gusto que en el salón. Después de haber recorrido toda la extensión bañada por la luz de la luna, llegaron á la entrada de una obscurísima calle de árboles. La señora de Lebreton hubiera querido volver pies atrás; no se atrevió, por el temor de mostrar un miedo ridículo, y continuaron avanzando por la alameda. A medida que las sombras aumentaban el misterio, languidecía la charla. Francisco callaba intencionadamente, y la viuda, recelosa otra vez, no sabía de que hablar. La senda iba estrechándose. Para marchar de frente tenían que ir rozándose. La señora de Lebreton tropezó en una raíz á flor de tierra, y se apoyó instintivamente en el hombro de su compañero.

— Señora, hágame el obsequio de aceptar mi brazo — murmuró el guarda-general.

Lo aceptó; pero se hallaba tan agitada que tuvo que acortar el paso. Junto á su brazo derecho, Pommeret sentía los latidos del corazón de

Adriana; lentamente fué experimentando el joven voluptuosa emoción que le oprimía el pecho y le anudaba la garganta. La fragancia finísima de verbena, que perfumaba las ropas de la señora de Lebreton, se le subía al cerebro, maréandolo. Tan cerca se hallaban uno de otro, que, durante un momento, sintió la tentación de abrazarla y de besarla bruscamente... Aquella explosión de la savia sensual del mozo, quedó comprimida por virtud de un arranque familiar y confiado de la viuda, que, colocando una mano sobre la de Francisco, murmuró:

— Oiga; parece como si hubiese música allá abajo, en el fondo de los bosques...

Prestaron atención. Era el tintineo argentino de los collarones de las mulas de un carro retrasado; vibró melodiosamente en la paz del campo, fugitivo y ligero como música de hadas; fué disminuyendo, debilitándose, perdiéndose; al fin se desvaneció poco á poco en la lejanía, y el silencio se enseñoreó nuevamente sobre la tierra.

Habían vuelto salir á la luz, y, ambos, lentamente, bajo la suave claridad de la luna, saboreaban sin decirlo, todas las pequeñas y deliciosas sensaciones del amor que empieza. De repente, en el fondo del dormido valle, despertó el reloj de la

parroquia, lanzando á la atmósfera serena las vibraciones de once campanas enérgicas.

— ¡Ay, Dios mío... las once! — exclamó Adriana, sintiendo renacer su inquietud.

— ¡Ya! — Murmuró Francisco.

— ¿Qué pensarán los criados? — observó la señora de Lebreton, apresurando el paso.

— Efectivamente, creo que es hora de retirarme — declaró Pommeret. — Buenas noches, señora, y muchísimas gracias por esta velada de la que guardaré eterno recuerdo.

— ¡Hasta la vista, caballero! — contestó la viuda bajando la vista.

El joven le tendió la mano, Adriana no se atrevió á desairarlo y, durante un rato, permanecieron con las manos enlazadas. Al fin, se separó la señora de Lebreton; Francisco subió á recoger el sombrero. Al volver á la escalinata, halló á la dueña de la casa disponiéndose á cortar una rama de rosas granate, de uno de los rosales que enguirnalaban la marquesina.

— Aguarde — le dijo — quiero que se lleve usted algunas flores de la Mancienne.

El guarda-general tomó las rosas, se las colocó en la solapa, volvió á coger la mano que se las había ofrecido, la estrechó y se alejó.

Una vez fuera, después de serenarse, encendió un cigarro y se dirigió despacio á su vivienda, siguiendo la calle de los Colonos. Cuando atravesaba la plaza de la iglesia, se le figuró que cuchicheaban tras las persianas de la oficina de Correos; pero, tan absorto se hallaba por los gratos pensamientos que le henchían el cerebro, que ni prestó atención, ni hizo caso.

Cuando el ruido de los pasos se extinguió, la Administradora de Correos cerró con cautela la ventana, mientras que su hermana Irma encendía una bujía.

— ¡Eh! ¿Qué tal? ¿Qué te parece? exclamó la menor, moviendo la cabeza.

— ¡Han estado juntos hasta media noche! — murmuró la mayor, juntando devotamente las manos. — ¡Qué escándalo!

— Esto acabará mal... ¡acuérdate de que te lo anuncio!